

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Órgano del Asilo para pobres transeuntes :: Publicación mensual.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS. SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS.

La palabra de Dios.

Tobías, pues, creyendo que era oída la oración que había hecho de poder morir, llamó a sí a Tobías, su hijo, y le dijo: «Oye, hijo mío, las palabras de mi boca y asíentalas en tu corazón como cimiento. Luego que Dios recibiere mi alma, entierra mi cuerpo y honrarás a tu madre todos los días de tu vida. Porque antes acordarte de cuántos y cuán graves peligros pasó por tí llevándote en su seno. Y cuando ella hubiere cumplido el tiempo de su vida, la enterrarás cerca de mí. Tendrás a Dios en tu mente todos los días de tu vida y guárdate de consentir jamás en pecado ni de quebrantar los mandamientos del Señor Dios nuestro. *De tus haberés haz limosna, y no apartes tu rostro de ningún pobre; porque así será que tampoco se apartará de tí el rostro del Señor. Según pudieres así usa de misericordia. Si tuvieres mucho, da con abundancia; si tuvieres poco, aun lo poco procura darlo de buena gana. Porque te atesoras un grande premio para el día de la necesidad. Por cuanto la limosna libra de todo pecado y de la muerte, y no permitirá que el alma vaya a las tinieblas. La limosna servirá de gran confianza delante del sumo Dios a todos los que la hacen.* A todo aquel que hubiere trabajado alguna cosa para tí, dale luego su jornal, y la soldada de tu jornalero de ningún modo quede en tu poder. Guárdate de hacer jamás a otro lo que no quisieras que otro te haga a tí. *Come tu pan con los*

hambrientos y menesterosos, y con tus vestidos cubriré a los desnudos. Busca siempre consejos del hombre sabio. Alaba al Señor en todo tiempo y pídele que enderece tus caminos y que permanezcan en él tus designios. No temas, hijo mío: es verdad que pasamos una vida de pobre; mas tendremos muchos bienes si temiéremos a Dios y nos apartáremos de todo pecado e hiciéremos el bien.»

(Tobías, cap. IV, vs. del 1 al 23.)

A ricos y a pobres Jesucristo por puertas.

¡Qué bondadosa y espléndida es la providencia de Dios! Para desternarnos de las cosas de este mundo, a semejanza de la más cariñosa madre, puso amargo acíbar en todas ellas, hastío, hiel, amarguras y tristezas, fugacidad y trabajo duro, inconsistencia y mudanza, y lo que es más que todo eso, que no dependieran los bienes de fortuna de nuestra sola voluntad, sino que para adquirirlos, tuviéramos cincuenta mil dificultades, contrariedades, obstáculos, las más de las veces insuperables a nuestras fuerzas.

En cambio para aficionarnos a los verdaderos bienes, a lo que ha de constituir nuestra completa, llena y cabal felicidad, la posesión del trono en el cielo; a estos bienes no le puso más que una condición: *que querámos*; los puso a nuestra disposición, en todo tiempo, en cualquier circunstancia y condición, dependientes de nuestra voluntad.

Y no se contentó con esto; quiso que su Divina Persona tuviéramos en nuestros semejantes y hermanos una representación viva y que ciertas cuentas que cada uno tenemos

con Dios, quedaran solventadas, liquidándolas con nuestros hermanos, borrando de este modo nuestras deudas escritas en el libro de la vida.

Así nos dejó dicho: «*Si no perdonas a tu hermano no esperes que yo te perdone*»; y para que no se olvidase, lo inculcó en la oración dominical «*Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*... «*Cualquiera cosa que hagáis con estos mis hermanos, la tendré Yo por hecha conmigo*...» Sublime expresión de bondad divina, porque el pobre y el desvalido ni pudo nunca sublimarse y ensalzarse más con ser representante de la misma persona de Jesucristo, ni el rico, hacendado y poderoso pudo hallar más fácil medio para liquidar el capítulo de agravios a la excelsa Majestad de Dios.

¡Pobres! Esa alta investidura de la que os hizo Dios Nuestro Señor larga merced, de que veamos en vosotros otro Jesucristo, os obliga a llevarla con dignidad y austeridad, solemne. Es vuestro deber ostentarla con el acompañamiento lucido de varias virtudes, entre las que deben sobresalir la humildad, la mansedumbre, la sobriedad, paciencia y resignación, limpieza de alma y en el lenguaje, enmarcado todo en vuestra pobreza limpia, aseada y honrada.

¡Ricos! Ya lo veis. A todos nos obliga guardar deferencias y atenciones para con los pobres. Debemos entenderlo *prácticamente*. Jesucristo anda por puertas, plazas y calles, por caminos y senderos, desnudo, hambriento, abandonado, suplicante, mendicante. Y si nadie, absolutamente ninguno de los católicos se negaría a dar, no digo ya una limosna, sino toda su casa, al

propio Jesucristo que en carne mortal se llegase a su morada, representado aquél por esos honorables pobres, con título infaliblemente e irrefutablemente justificado, ¿qué más nos da? Hagamos misericordia con ellos, que el verdadero Jesucristo la hará con nosotros. Honrémoslos con su presencia, ufanémonos en servirles, agasajarles, en dispensarles todos los favores, disimulemos sus defectos, no hagamos ascos de su desnudez, no nos den en rostro sus andrajos, sus modales y tal vez su falta de cultura y educación, que en todo ello va vinculado el alma de nuestro gran negocio, el negocio del alma y su eterna salvación.

ABEL PEREGRÍN.

Alegrad los corazones.

No sé si para Navidad volverá a visitar a sus favorecedores EL MENDIGO DE VALDECARROS. Por eso me adelanto gritando: «alegrad los corazones de los hombres, alegrad los corazones de los santos, alegrad el corazón de Dios».

Los corazones de los hombres desgraciados los alegramos con la limosna y el cariño. ¿Nunca notasteis los latidos del corazón, las vivas irradiaciones del rostro de un pobre, que en el frío de las desgracias y el vacío de la miseria, se encuentra de repente satisfecho con la limosna de vuestra mano y el cariño de vuestro pecho? Pasa a su lado algún poderoso, blandamente reclinado en magnífico automóvil, embriagado en contar sus comodidades y riquezas; contemplad los rostros de ambos. El del poderoso os dará a entender la felicidad de las cosas externas; el del pobre remediado, la dicha del corazón. La dicha no de los miembros, no del cuerpo, no de lo material, sino la dicha del interior, la dicha del alma.

El causar la dicha del corazón a otro, es vuestra dicha. Bajo y ruín es el humano corazón; pero aun así lleva como impulso de Dios la inclinación a hacer bien y llenar ese impulso, es satisfacerse, es hacerse dichoso. ¡Pobre corazón! Muchas veces se equivoca y va tras bienes que le paran en males; donde nunca se

equivoca es en hacer la dicha de otro corazón.

El causar la dicha del corazón de otro, es alegrar a los santos. ¡Ah, sí! Los de aquí y los del cielo no tuvieron más anhelo que hacer bien al necesitado, ¡qué no gozarán cuando adviertan que ese necesitado ha sido hecho feliz! Si a San Vicente de Paul le hubieran anunciado de repente: «todos los pobres están remediados», ¡qué saltos de placer hubiera sentido en su pecho!

Pues, ¿qué no pasará en el corazón de Dios, cuya inclinación al bien es infinita? Tal vez a sus ojos el más digno de aprecio es el pobre a quien nosotros remediamos. ¡Ah! Acercad el oído al pecho del Niño Jesús y escuchad: late por el bien del hombre y entre los hombres, por el bien del necesitado. Por necesidades del alma; es verdad. ¿Pero acaso con la limosna del cuerpo, además de alegrar un alma, no podréis llegar a sanarla?

Caridad y vanidad.

Estas dos palabras, difíciles de unir, porque siempre ha resultado imposible la unión de una virtud con un vicio, hoy, y desgraciadamente, van íntimamente hermanadas, porque la vida no es observada sino al través de un vidrio rosado que desvanece las tristezas de que está llena, y en cambio, hace resaltar lo dibujado con tonos claros y alegres.

Amargamente, con verdadera indignación hemos de confesar que, modernamente, los actos de caridad se revisten de un cierto modo y con tales apariencias que a los sensatos, a los buenos de corazón, a los fervorosos y verdaderos creyentes, prodúceles un efecto desastroso y un gran desaliento para luchar por el engrandecimiento de todas las virtudes.

En la actualidad, para implorar caridad, para conmover el corazón humano, se recurre a veladas teatrales, a corridas de toros, a bailes, a tómbolas, a toda esa clase de espectáculos en donde la moral es pisoteada, el pudor ofendido y los pensamientos elevados bastardeados por ideas nada sanas y que, por

regla general, producen una revolución en nuestras cabezas y en nuestras almas, porque están inspiradas en algo baladí y bajo.

Y muy triste impresión produce, ver a mujeres jóvenes, cuyas almas tan admirablemente preparadas están para dejarse impresionar por lo bueno, ataviarse lujosamente, con vestidos de elevados precios, para asistir a una de esas mal llamadas fiestas benéficas, donde la crítica reina por el más escondido rincón del salón; en donde el oro, los brillantes, los perfumes, la vanidad, en fin, se enseñorea e impera, mientras a las puertas de aquella casa esperan su salida seres humanos, como ellos, pero que más olvidados de la fortuna, tienen que pedir humildemente una limosna con que sostener la lucha por la existencia, cada día más empeñada y más cruel.

Pero más triste que todo esto es presenciar la salida de una de esas *fiestas benéficas*. Mientras señoras envueltas en ricos abrigos de pieles suben a un lujoso automóvil, pobres mujeres, temblando de frío y de hambre, con los pies descalzos y la voz temblorosa, solicitan una sucia moneda de cinco céntimos. Y la señora que, entre humo de habanos, notas de vals y frases galantes, había entregado un billete para una obra benéfica, parte, rápida, en el automóvil y niega cinco céntimos al mendigo que, con modestia infinita, abrió la portezuela de un coche. ¡Y pensar que con el valor de uno solo de los brillantes que encima llevan esas señoras, se podrían alimentar y satisfacer sus necesidades, diez, veinte, quizás treinta pobres desvalidos!

Siempre contó con mi admiración y mi respeto el celoso párroco de Valdecarros, más que por otra razón, porque hace la caridad sin ruido, en silencio, para que solamente Dios lo vea, ya que Él ha de ser el único que ha de juzgarlo con imparcialidad.

Por eso accedí a llenar unas líneas en EL MENDIGO DE VALDECARROS, para avisar a los buenos de cómo debe hacerse la caridad y para recordarles que en estos días que se aproximan debemos acordarnos más que nunca de los que, sin tener marcado un rumbo fijo en la vida

de los que caminan por ella sin amigos ni consejeros, alentándose con la esperanza de que, al llegar a una puerta, una de vuestras doncellas o criados les entregue un vestido desechado por vosotros, un pedazo de pan que no hayáis querido, una cantidad, en fin, que destinaraís a enriquecer vuestro tocador; pues todo ello os enaltece ante los

ojos de Dios, que, como no debéis de olvidar, se acercó más frecuentemente a los umbrales de las casas de los humildes y necesitados.

La caridad, sin la vanidad, es una virtud; pero con ella es algo así como si en una copa que contuviese purísima leche, echaseis una gota de negrísima tinta.

EL DOCTOR C. T.

mayor galardón. He contado los granos que entran en un octavo de kilo y la cuenta es exacta.

—Tienes razón, mi querido Domingo. Esa sentencia que has citado, no es mía; es de nuestro Divino Redentor el Padre amantísimo de los pobres. De modo que ¿cuánto arroz has gastado durante el mes?

—Treinta kilos y setenta y tres kilos de pan de primera clase, de la panificadora de Alba de Tormes, y veintitrés kilos de tocino, media fanega de lentejas, un cántaro de vino, catorce kilos de carne, quince de peras, uno de pimienta, tres de sal y seis cajas de cigarrillos de 0,50.

—¿Cuánto ha costado todo ello?

—Ciento treinta y cinco pesetas.

—¿Y cuánto cuesta el mantenimiento de los pobres por comidas separadas?

—Vienen, por término medio, setenta mendigos los martes y otros tantos los viernes de cada semana, pues los días restantes piden en otros pueblos. Una taza de caldo para los setenta, cuesta cuatro pesetas; un almuerzo, quince; una cena, veinte, y una comida, veinticinco. Con estos datos pueden calcular los bienhechores los gastos del Asilo en días de retiro y de ejercicios espirituales, de los cuales nos ocuparemos en otra ocasión.

—¿Costará, pues, el Asilo cada año?

—Yo creo, señor párroco, que las economías de los meses de verano, en que vienen muy pocos pobres, quedarán sobradamente compensadas con los gastos extraordinarios, ya que usted se empeña en que haya días especiales de retiro y tanda de cinco días de ejercicios espirituales cada año. Cada día de esos tengo que preparar tres comidas: está todo muy caro y usted ha dado la orden de que se sirva a los pobres dentro de lo posible, los mejores artículos de comercio que puedan proporcionarse.

—No pienso, amigo, revocar la orden por ahora. Con los pobres se sienta a la mesa Cristo Redentor; por eso deseo que el alimento sea sano y abundante, bien condimentado y servido con la limpieza que todos hemos admirado hasta el presente.

La imagen de Cristo.

*Me ha sonado en el alma el gemido del pobre,
a quien he despedido con necia frialdad...
No sé por qué, inconsciente, neguéle la piedad
de una moneda vil, de un pedazo de cobre.*

*Acaso en vanidades derroche lo que sobre,
para matar tu hambre y tu necesidad,
mientras tu vas llorando tu triste soledad
con llanto tan amargo como la mar salobre.*

*¡Mendigo, hermano mío!... Perdona buen mendigo
el mal que te he causado con necia indiferencia...
Si vuelves a encontrarte en la vida conmigo,*

*remediaré los males que sufre tu indigencia.
De Cristo eres la imagen... Serás mi buen amigo
y partirás conmigo de Dios la larga herencia.*

EL TROVADOR.

Salamanca, 6-12-1916.

El asilo en marcha.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Para siempre sea bendito y alabado!

—Siéntate, Domingo; precisamente pensaba llamarte para pedirte datos de la marcha del Asilo de Valdecarros. Ya ves, hace un mes lo bendijo solemnemente nuestro queridísimo Prelado y será razón dar alguna noticia a los mil lectores de EL MENDIGO.

—Estoy a las órdenes del señor Párroco: he aquí mi cartera de apuntes, que puede satisfacer la curiosidad del más exigente.

—¿Cuántos convidados nos ha enviado Cristo Jesús en este mes?

—Seiscientos setenta y seis; vea usted y vaya copiando: El 26 de Octubre, 58; el 27 de idem, 74; el 3 de Noviembre, 56; el 7 de idem, 71; el 10 de idem, 65; el 14 de idem, 74; el 17 de idem, 68; el 21 de idem, 72; el

24 de idem, 68; el 28 de idem, 70. Total, 666.

—Muy bien. ¿De dónde vinieron tantos mendigos?

—De Salamanca, de Alba de Tormes, de Peñaranda, de Ledesma, de Macotera, de Santiago de la Puebla, de Valdecarros, de Pedrosillo, Turrá, Gajates, Pedraza de Alba, Larrodrigo, Anaya de Alba, tres de la provincia de Avila y uno de Toledo.

—¿Cuánto ha gastado usted, como jefe de subsistencias del Asilo, durante este mes?

—Siga usted copiando: de arroz, un millón ciento setenta mil ciento ochenta y ocho granos.

—¿Los has contado?

—Sí, señor.

—Nos ha dicho usted varias veces que *ni un vaso de agua, dado por amor de Dios a uno de estos pobrecitos, quedará sin recompensa en el cielo* y supongo que el arroz que cuesta dinero, obtendrá

—¿De modo qué...?

—He aquí un presupuesto muy aproximado.

Para alimentar a los mendigos.....	1.620 pesetas.
Para combustible y luz.....	125
Para el periódico y correspondencia..	250
Sueldo de la cocinera mayor.....	50
Reparación del mobiliario e impresos.....	50
Viaje y hospedaje de Misioneros.....	150
Vino, postres, cigarrillos en días extraordinarios.....	55
TOTAL.....	2.300

Ya ves, amigo Domingo: con ese miserable puñado de pesetas, hacemos un bien inmenso; alimentamos al hambriento y damos de beber al sediento, vestimos al desnudo y calzamos al descalzo, consolamos al triste y damos buen consejo al que lo ha menester. Con el ofrecimiento de obras que se practican en el Asilo, procuramos elevar a infinito merecimiento, todos los pasos que dan nuestros mendigos por esos caminos de Dios, todos los trabajos y penalidades que sufren; con las prácticas diarias les enseñamos la única ciencia necesaria; con la abnegada labor de mis catequistas, aprenden los pobres la doctrina cristiana, oyen la lectura del Kempis y las vidas de los santos y llegan por esta vía a sufrir con paciencia y alegría sus trabajos; con la frecuencia de Sacramentos, purificamos sus conciencias y los fortalecemos con la sangre del Hijo de Dios; con el examen de conciencia, enmendamos los defectos de toda su vida, y así, poco a poco, sin percatarnos apenas, hacemos honda labor evangélica, eucarística y social al mismo tiempo.

—Muy bien, señor párroco; está usted entusiasmado con su Asilo?

—Así es la verdad, amigo mío. El Asilo responde admirablemente al concepto que yo había formado; todo en él predica la caridad y el desprendimiento. Gratis trabajo en él y doy para él los recursos de que

puedo disponer, sin preocuparme poco ni mucho del día de mañana que dejo en absoluto a la voluntad de Dios; gratis visitan los señores médicos a mis enfermos; gratis me da el señor farmacéutico los medicamentos; gratis trabaja mi jefe de cocina; gratis traen mis feligreses la leña para templar los ateridos miembros de mis queridos mendigos; gratis se disputan innumerables personas la honra de servirles la mesa; gratis colaboran en mi periódico los escritores más distinguidos; gratis los poetas cantan sus inspiradas composiciones; gratis publican los músicos sus melódicos cantos; gratis evangelizan los Misioneros; gratis instruyen mis catequistas; gratis me ayuda el clero y principalmente mis queridísimos hermanos de la Unión Apostólica, que en unión de las fervorosas Marías y otras personas distinguidas, están fogueando la ciudad de Salamanca y la Diócesis entera para mandarme limosnas de todas partes; gratis trabaja mi sacristán y mis maestros y las Asociaciones y Cofradías de mi parroquia en el decorado del templo y en el ensayo de los cánticos; gratis trabajan mis Teresianas en la reparación de las prendas usadas y en la confección de las nuevas, y así, amigo mío, no vemos otra cosa que la práctica de la virtud por excelencia del amor de Dios, del amor del amantísimo Redentor del amigo del pobre, que recibe el homenaje de todas sus criaturas, y cuya gloria lo llena todo y traspasa los límites de los mismos cielos...

—¿Está usted meditando?

—En efecto, amigo mío: estaba meditando... Volvamos a la realidad de la vida, a nuestros ordinarios trabajos, pero antes, descubramonos ante la inmensa majestad de Dios y terminemos nuestro artículo diciendo con el Real Profeta: *Excelsus super omnes gentes, dominus et super coelos gloria ejus.*—Salmo 112, vs. 4.

EL CURA DE VALDECARROS.

30 de Noviembre de 1916.



Donativos recibidos.

	Pts. Cts.
<i>Suma anterior.</i>	125,00
Una persona devota de la obra.	50,00
Otra idem idem.. . . .	15,00
D. ^a María Teresa Zapatero.	3,50
Don Peregrin Vicente.	0,75
Don Florencio G. Boyero.	5,00
Don Fernando Zapatero.	5,00
Una persona caritativa.	10,00
Don Laureano Hernández.	5,00
La niña Rosario González.	0,50
Don Fernando Herraes Mateos.	7,50
Don Elias Martin.	8,00
Don Roque Caravias (mendigo).	0,25
M. I. señor don Federico Lliñan.	5,00
Don Tomás Santero	5,00
Una persona piadosa.	5,00
Un devoto de Salamanca, por conducto de don Paulino H. Sierra.	75,00
Alumnas del colegio de Madres Teresianas de Peñaranda.	8,00
Un sacerdote de la Unión Apostólica.	5,00
Señor Párroco de Topas.	5,00
Doña Concepción Fernández del Campo.	1,00
Una señora, por medio de don Angel Garcia.	4,00
Doctor Bustos, por medio de don José de Lamano.. . . .	25,00
Don Julián Bostezo, párroco de Larrodrigo.	10,00
Doña Jacoba Arenillas Sainz.	5,00
Doña Margarita Marcos.. . . .	5,00
Doña Inés, viuda de Gil.	1,00
Señor médico de Gajates.	1,00
Un sacerdote de la Unión Apostólica.	2,00
Otro idem idem.	5,00
Doña Josefa Martín Mateos.	5,00
Don Jesús Vicente Martin.. . . .	5,00
Señor Cura ecónomo de Villarino.	5,00
Don Manuel Marín y Rojo.	3,00
Don Salvador Rodriguez.	5,00
Don Román Caravias, 2 celemines de garbanzos.	1,00
Don José Sánchez Amor, 3 celemines de lentejas y 4 kilos de pan.	1,00
Doña A. A.	1,05
Un sacerdote, en sellos de correo.	1,05
Un devoto de Salamanca, en sellos de correo.	1,05
Una señora de Madrid, ropas para los pobres.	2,00
Una Hija de María, de Salamanca.	2,00
Señor Párroco del Cubo de Don Sancho.. . . .	5,00
Suma y se continuará.	417,10